

Hacia un entendimiento de la UNIDAD

Problemas en el debate actual en la Iglesia Adventista del Séptimo Día

Thomas L. Lemon,

Vicepresidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo
Día

Lo que sigue es el producto de reflexión sincera durante muchos meses de mi parte. En el contexto de este documento, he tratado de no escuchar una plétora de voces externas. No he leído todas las opiniones disponibles y ninguna está citada aquí. Si en algún momento esto fuera necesario, esa información puede agregarse fácilmente. Estoy principalmente escribiendo para mí. Sin embargo, otros tal vez deseen leer sobre mi hombro, por así decirlo, y con eso no tengo ningún problema.

No soy uno que se considera un rebelde o un líder rebelde; mis lealtades hacia la Iglesia Adventista del Séptimo Día, hasta este momento, nunca han sido seriamente cuestionadas. Amo a la iglesia, admiro la genialidad de su estructura, y he tenido una apreciación de por vida por el mensaje y la misión de la iglesia.

Pero decir que la iglesia ha llegado y no tiene más verdades para descubrir, no hay necesidad de un ajuste estructural o tal vez revisión, no hay más espacio para crecer en la comprensión sería peligroso, delirante y contraproducente. Somos advertidos por Elena G. de White a «... entrenar a los jóvenes para que sean pensadores y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres». Muchos de nuestros jóvenes, junto con los miembros mayores, lo están haciendo de manera intencionada. En consecuencia, la «vida de la iglesia» se ha vuelto algo desordenada.

Al final, este documento puede ser de poco más uso que para mi propio desarrollo. Pero ruego estar -y guiar a otros- en el centro de la voluntad de Dios

para mí y para su iglesia.

«la iglesia de Cristo, por debilitada y defectuosa que sea, es el único objeto en la tierra al cual él concede su suprema consideración». (Testimonios para los Ministros, p. 15)

*«... La iglesia puede aprobar resolución sobre resolución para eliminar todo desacuerdo de opiniones, pero no podemos forzar la mente y la voluntad, y así eliminar el desacuerdo. Estas resoluciones pueden ocultar la discordia; pero no pueden apagarla y establecer un acuerdo perfecto. **Nada puede perfeccionar la UNIDAD en la iglesia, sino la espíritu de tolerancia como Cristo**».* Manuscrito 24, 1892.

«...Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». Pedro

«...Y sobre esta roca construiré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella». Jesús

Dedicado

a la próxima generación de niños y niñas adventistas que aún necesitarán escuchar el evangelio de la fe, la esperanza y el amor, para aprender de nuevo que «el amor perfecto echa fuera el miedo».

INTRODUCCIÓN

No es ningún secreto que actualmente en muchas mentes en el mundo desarrollado, la Iglesia Adventista del Séptimo Día se encuentra en una encrucijada en su búsqueda de promulgar con éxito y completar su misión: «...vayan, haciendo discípulos en todas las naciones, bautizando, enseñando...» Las encrucijadas giran en torno a los conceptos de unidad/uniformidad, autoridad/autoritarismo, consistencia hermenéutica/pluralismo y gobierno/liderazgo. Hay más polaridades que podríamos enumerar, pero esto es suficiente por ahora, ya que se trata de un documento y no de un libro. Estos temas son significativos en relación a los dos fenómenos que continúan desarrollándose simultáneamente en la historia adventista contemporánea.

Primero: la Iglesia Adventista, ahora con más de 20 millones de miembros, nació en los Estados Unidos cuando Norteamérica no era una superpotencia mundial política, económica, social o militarmente. Era en gran parte una nación pacífica con una ciudadanía que compartía ampliamente una fe común en la línea de las cosmovisiones judeocristianas. La mayoría de esos puntos de vista permanecieron sin oposición durante los primeros 150 años de la existencia oficial de la nación y el aumento en la clasificación mundial de las naciones. Si bien, el gobierno era constitucionalmente neutral con respecto a la religión en general, incluidas las variantes denominacionales dentro del cristianismo, el llamado a la «ley natural», el sentido común y la practicidad en asuntos de gobernabilidad, generalmente reflejaban la mentalidad cristiana, tanto de los líderes políticos como de los votantes por igual; mientras, oficialmente la postura neutral de la nación hacia la religión, se mantuvo sólidamente. No, Estados Unidos no era una nación cristiana. Pero era una nación compuesta en gran parte por ciudadanos cristianos.

En ese ambiente, la evangelización y misión adventista en el llamado Occidente cristiano, fue en gran medida una función de la educación. Dado que hubo un llamado bastante común a la Santa Biblia como una autoridad significativa existencial -para algunos incluso sobrenatural-, el evangelismo se

convirtió en una cuestión de tomar creyentes de una comunidad de fe dada y enseñarles las doctrinas del adventismo, y, a su debido tiempo, bautizarlos en membresía de la iglesia. En consecuencia, el crecimiento se midió en bautismos, proporciones de ganancias de miembros/pérdidas con respecto a la muerte y/o la apostasía, los incrementos financieros en proyectos y planes de financiación, y en los activos netos institucionales.

Se pensó muy poco en las verdaderas palabras de la comisión para hacer discípulos. El miembro y el discípulo generalmente se consideraban como sinónimos. (No obstante, aunque podamos conversar de forma descarada sobre los términos, no significan lo mismo).

A principios y mediados del siglo XX, el constructo religioso/político/social de la nación, se vio sometido a una presión opositora significativa y creciente de la naciente visión del mundo que reconocemos como Naturalismo. Y a fines del Siglo XX el Naturalismo Fenomenológico con su filosofía fundamental del darwinismo et al. había dado lugar a un entorno completamente nuevo en el que las normas cristianas de las generaciones anteriores habían sido reemplazadas, en gran parte, por otras de orden antropocéntricas. La autoridad de la Biblia, hasta ahora considerada normativa, se evaporó y fue reemplazada en gran medida por una dependencia de la autoridad científica arraigada en filosofías distintas de las de la herencia judeo-cristiana o bíblica.

Cuando la Iglesia Adventista finalmente comenzó a ver la comisión de Cristo como algo más que educar a otros cristianos en las costumbres del adventismo, el evangelismo se volvió cada vez más difícil en Occidente. Con menos cristianos bíblicamente alfabetizados en la sociedad hacia la cual se dirige el evangelismo adventista tradicional, las tasas de crecimiento se desaceleraron drásticamente. El Evangelismo en el siglo XXI está obligado a avanzar mucho más en la confrontación con el naturalismo, que actualmente reina en muchas culturas occidentales. El evangelismo toma mucho más tiempo en ese contexto y requiere una medida de éxito más ampliamente definida.

Mientras se espera que los discípulos bauticen y enseñen por la comisión

de evangelismo, y también se lo espera de los líderes y los miembros adventistas, los discípulos en general son más reflexivos, deliberados y auténticos de lo que la palabra *miembro* normalmente implica. Los discípulos también tienden a una mayor independencia de pensamiento. Mientras que las normas anteriores continúan en algunos círculos de la iglesia, incluyendo algunos círculos de liderazgo, los paradigmas de miembros/discipulado constantemente plantean preguntas que en apariencia parecen desafiar a la iglesia tanto en el nivel de gobernabilidad como en las exposiciones más formuladas del mensaje de la iglesia: por no hablar de cuestiones de política.

Segundo: El crecimiento real de la iglesia en términos de número de miembros se ha movido cada vez más hacia el hemisferio sur y las áreas asiáticas. Si bien, los fundadores de la Iglesia Adventista del Séptimo Día fueron estadounidenses con todo lo que pueden significar estos detalles culturales, la mayoría de los miembros de la iglesia de hoy son de África, Sudamérica e Interamérica. Cada vez más, el liderazgo de la iglesia refleja ese crecimiento de membresía. Si bien esas culturas no están exentas de sus propios desafíos para el evangelio y la autoridad de las Escrituras, dentro de esos segmentos de la iglesia, generalmente hay una comunidad más obediente con respecto a las interpretaciones bíblicas tradicionales. Y, ciertamente, un mayor nivel de aquiescencia incuestionable (o, a lo sumo, levemente cuestionada) a las propuestas y pronunciamientos de los líderes.

Estos dos factores principales, los nuevos paradigmas de evangelismo y los cambios de membresía/cultura, han dado como resultado una división entre la iglesia en el norte del globo y el resto del mundo. Esa división no se produce meramente por algunos enfoques teológicos provocados por la ampliación cultural y social, sino también por el crecimiento numérico puro en el tercer mundo. En ese contexto del tercer mundo, las preguntas, y por lo tanto las respuestas, parecen ser radicalmente diferentes que en el primer mundo. En consecuencia, el concepto de unidad se vuelve cada vez más desafiante.

Pero categorizar mentalidades no puede limitarse a etnias, grupos de

idiomas o razas. Cuando se trata de patrones de pensamiento geográficamente diversos, ninguna cultura puede clasificarse totalmente como una u otra. En el mundo desarrollado hay una mezcla de mentalidades dentro de la iglesia, vieja y nueva. En el mundo en desarrollo también hay una mezcla de mentalidades y ambos contienen matices dentro de ellos. La unidad en un contexto global parece un tapiz de enfoques a veces contradictorios a los problemas que presentan en iglesia.

El Norte Global, en general, pero no universalmente, se ve la unidad como un compartir de propósito, misión, intenciones y un compromiso con el respeto y la comprensión mutua. Como tal, muchos en ese hemisferio a menudo rechazan casi cualquier presión que lleva hacia la uniformidad como la única, o incluso primaria, expresión de unidad.

Hay partes del mundo donde la unidad, tanto en lo teológico como en lo que respecta a la praxis, se expresa en una adhesión más uniforme a toda política y procedimientos enumerados en el *Manual de la Iglesia* y los *Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos* de la Asociación General expresada en matices divisionales. En los Reglamentos Eclesiásticos-Administrativos se fomenta un enfoque uniforme de este tipo, ya que las «constituciones modelo» tienen una influencia creciente de lenguaje obligatorio para los documentos de organización de todas las uniones, asociaciones y misiones. La práctica, sin embargo, en muchas entidades eclesiales mundiales es muy inferior a la uniformidad presuntamente deseada.

Habitualmente, los grupos sociales orientales tienden a seguir las instrucciones o ejemplos de los ancianos y lo harán a veces incluso en detrimento de ellos mismos. Es probable que las tribus africanas sigan las tradiciones y el liderazgo tribal, a veces por encima de sus propias convicciones. En los grupos sociales que han tenido sus tradiciones modificadas involuntariamente por hábitos de creación cultural de la Iglesia Romana a lo largo de los siglos, se puede encontrar que es casi imposible decidir algo contrario a la iglesia. En contraste, las sociedades occidentales a menudo viven como individuos más que como

grupos. La libertad individual es apreciada a toda costa, a veces incluso a costos fatales. Inevitablemente, tales factores sociales juegan un papel, a veces un papel decisivo, en cómo los líderes y miembros de la iglesia en una determinada geografía cultural interactúan y llegan a conclusiones. Estas diferencias en la toma de decisiones y el procesamiento grupal ciertamente afecta a la Iglesia Adventista en su reunión mundial cada cinco años cuando estos asuntos se vuelven realmente reales.

Por lo tanto, hoy estamos en una encrucijada. Nuestro nivel de comprensión cultural y la forma en que definimos los términos serán significativos. Más importante será cómo nos tratamos unos a otros. En última instancia, podemos necesitar un milagro de proporciones cósmicas. En cualquier caso, todas las partes necesitarán una postura de humildad y de adoración, o la iglesia, como sabemos, no sobrevivirá. Sin duda algo sobrevivirá. Puede ser irreconocible para muchos adventistas cuyo protestantismo con sus cinco «Solas» impulsa cada parte de sus ministerios.

La unidad es una palabra que se usa frecuentemente con la suposición de que todas las partes en las conversaciones respectivas comprenden lo que significa. Es una suposición de este documento que cuando escuchamos la palabra, la escuchamos personal, cultural y contextualmente. Por lo tanto, no es posible que todos lo escuchemos exactamente de la misma manera.

Es probable que la unidad para un evangelista sea cuando una determinada iglesia o grupo de iglesias apoyan su evento de cosecha con su asistencia, sus oraciones y sus medios financieros, sin hacer demasiadas preguntas.

La unidad para el pastor puede significar que la mayor parte de los asistentes a la iglesia apoyarán los proyectos de construcción financieramente y/o con esfuerzos de trabajo, y ciertamente con apoyo verbal, aunque no sean críticos con los demás en la iglesia que tienen puntos de vista diferentes.

La unidad para el coordinador de evangelización de la Unión puede

definirse como la totalidad o la mayoría de las iglesias en el territorio dado que celebra eventos de cosecha al mismo tiempo. La sinergia, se supone, se construye mejor de esa manera.

La unidad para los administradores de los niveles más grandes de la iglesia se ve a menudo como operaciones suaves donde nadie mueve el bote y todos cumplen con los reglamentos acordados, todos al mismo tiempo y de la misma manera. En resumen, la unidad hasta la fecha ha sido reconocida principalmente en la demostración de la uniformidad. En presencia de tal uniformidad, incluso la más mínima variación puede ser (o al menos parecer) problemática.

En términos de cumplimiento de reglamentos, comportamiento y acciones de la entidad bajo consideración, ¿la unidad se define mejor por lo que es o por lo que *no es*? ¿O es posible definir la unidad como respeto mutuo, relaciones respetuosas, diversidad de opiniones, métodos y lenguaje altamente valorados dentro de un contexto de valores compartidos, búsqueda de una misión común, transparencia compartida y mecanismos compartidos de información?

En estudios como este, la apelación se hace refiriéndose a Juan capítulo 17 donde Jesús ora, no por la «unidad» sino por la «unidad entre los discípulos». Si bien el matiz verbal puede ser solo académico y una cuestión de preferencia del traductor, la oración misma es crítica. El contexto es la última noche del ministerio terrenal y público de Jesús. Mucho antes del amanecer será arrestado por los judíos, golpeado, condenado por un delito capital y sentenciado a muerte. Temprano en la mañana, los cómplices romanos lo habrán condenado por un crimen capital no especificado, golpeado repetidamente y, a media mañana, colgado con clavos en una cruz para morir después de una intensa agonía, a media tarde. Lo que hace, como se registra en Juan 17, cobra una importancia crítica, ya que es casi lo último que hará antes de llegar al fulcro de la historia de la salvación en su muerte, sepultura y resurrección.

Significativamente, hace dos cosas esa noche, antes de la cruz. Las dos cosas no están en oposición, sino que son altamente complementarias; De hecho, cada una es parte integrante de la otra. Solo por el debate académico pueden

separarse. Primero, Jesús asume el papel del esclavo y lava los pies de los discípulos. Demuestra en relación cuán lejos llegará su amor ágape en un esfuerzo por llevarlos a la «unidad» consigo mismo. O quizás mejor, traiga la unidad de sí mismo con su Padre a y con sus discípulos.

¿Cómo puede ser? Y, sin embargo, el modelo encarnacional que hace que el cristianismo sea único y lo «haga funcionar» en el mundo nos muestra una y otra vez lo lejos que está dispuesto a ir la Divinidad para identificarse con los humanos y alcanzarlos para redimirlos incluso cuando son «pecadores».

Y luego Jesús ora, una oración que es a la vez pública, para que los 11 discípulos pueden claramente escucharla; y, privada, en que derrama el doloroso llanto de su corazón. Es una oración pronunciada tal vez en silencio, pero clara y seriamente, casi visceralmente. Entre otras cosas, clama por la unidad entre sus seguidores, tanto inmediatos como descendientes, a través de las generaciones innumerables por venir. Él no exhorta a los discípulos a encontrar la unidad entre ellos y con él. Sus súplicas con ellos han terminado. ¿Por qué? Ha pasado tres años instruyéndolos, reprendiéndolos, recordándoles, por sus interminables búsquedas individuales de reconocimiento en el nuevo reino. «¿Quién es el más grande?» Se convirtió en la conversación de elección o quizás de hábito hasta que Jesús debió haberse cansado de todo.

Durante esos años, han revelado una y otra vez su total impotencia frente a las tentaciones de auto-engrandecimiento y escalada corporativa. Él se da cuenta, y creo que debemos ver, que la unidad con lo Divino o la unidad entre y dentro de los demás pecadores no es posible dentro de los corazones humanos naturales, ni siquiera de aquellos que ya están en el camino de la fe. La unidad, por la que Jesús ora, es un regalo directo de Dios. Es mucho más misterioso de lo que quisiéramos admitir; Funciona en un nivel mucho más profundo de lo que podemos imaginar.

La unidad divina en sí misma es el tema de 2,000 años de estudio, y aún con respecto al Dios trinitario y la naturaleza divina/humana de Cristo y su preexistencia, en el mejor de los casos estamos reducidos a una comprensión

relativamente turbia. Todavía es un misterio. Y mientras leo Juan 17, ese misterio divino, esa unidad divina, es un estándar cósmico por el cual todos los reclamos de los que caminan hacia la unidad deben ser juzgados, y contra los cuales todos los ideales humanos hacia la unidad siempre serán insuficientes.

Sin embargo, esta unidad misteriosa por la que Jesús ora, es posible e incluso probable, tal vez incluso garantizada, debido a sus raíces en la Divinidad. Tal unidad es mucho más que una actividad y un regalo de Dios otorgados a personas de fe que pueden ser tan diversas como judíos y gentiles, libres y esclavos, ricos y pobres, hombres y mujeres, que algo que se les impone en un grueso libro de reglamentos; aún más que las cosas que entran en votación ocasionalmente, y que quizá repetidamente dejen segmentos enteros del cuerpo de la iglesia fuera del círculo con capacidad de decidir.

Sin el don de Dios en la concesión de la unidad como dice Jesús, simplemente, no puede desarrollarse desde dentro ni aplicarse desde fuera en las comunidades cristianas. La unidad en la iglesia es siempre una expresión de la intervención divina y de los dones divinos.

La unidad, entonces, tal como fue concebida por Jesús en Juan 17, no es algo por lograr; más bien, debe ser recibido. Cualquier otra cosa será todo menos que el plan de Dios para su iglesia.

LA IGLESIA DEL PRIMER SIGLO

Seguimos adelante para reflexionar sobre el libro de Hechos. Si bien el documento es una unidad, tiene más sentido abordar los pasajes relevantes en secuencia cronológica.

Los discípulos después de la ascensión de Cristo, salieron unidos como nunca antes. Y, sin embargo, pronto se enfrentaron a su primer desafío a esa unidad claramente dotada por la divinidad. ¿Qué deberían hacer sobre el lugar vacío de Judas en la mesa? El texto dice que « echaron suertes », que es un par de palabras bastante crípticas que no ocurre raramente en las traducciones de

las Escrituras. Y a través de ese método eligieron, aparentemente, en medio de mucha oración y conversación, a un hombre llamado Matías. Hay quienes afirman una insinuación hacia Matías porque nunca más se sabe de él. Sugiero que es una interpretación desafortunada del silencio que el texto no puede corroborar. Con la excepción de Pedro, Santiago, Juan, los otros discípulos / apóstoles tampoco se mencionan después de Hechos 1. Pero mi punto aquí es que tuvieron un proceso perfectamente bueno y respetado para determinar el camino a seguir. Que no sabemos exactamente cómo funcionó importa poco. Confiaban en el proceso. Sin embargo, echar suerte no fue el único proceso.

Una segunda pericopa nos lleva a Hechos capítulo 6. La iglesia primitiva juntó sus recursos y tenían todo en común (una expresión más de la unidad divina). Desde ese grupo, cuidaron a sus viudas y huérfanos y, en general, avanzaron en su misión en los alrededores de Jerusalén. Pero en el «ministerio diario» parece como si las viudas helenistas fueran tratadas con menos generosidad que las viudas hebreas. Al informar sobre el escenario, Lucas no disputa la alegación. Se acepta como algo dado. Al escuchar la queja, incluso los apóstoles no la descartan como un mero problema perceptivo, sino que aparentemente aceptan que la crítica es completamente válida. Y en ese momento, llamaron a la «multitud» a juntarse todos y les pidieron que eligieran siete líderes (todos tienen nombres griegos) para supervisar la distribución diaria.

No nos dicen cómo la multitud decidió por estos siete, pero lo hicieron. Al expandir el liderazgo de la iglesia para incluir a los diáconos recién seleccionados, estos siete fueron la solución preferida claramente bendecida por el Espíritu Santo. En este caso, no hay registro de «echar suertes» o de cualquier otro proceso delineado que no sea la oración y la imposición de manos. No se menciona ningún comité de estudio ni comité de nominación. Hubo una necesidad y encontraron en la oración una manera de satisfacer esa necesidad.

Se debe notar que los apóstoles no se sintieron amenazados por el liderazgo ampliado y compartido, ni siquiera por el liderazgo que tenía una inclinación cultural más bien helenística. Además, no se sintieron amenazados en

ninguna forma por la poderosa predicación de Esteban, cuyo único sermón registrado, es uno de los mensajes más convincentemente presentados en todo el libro y, de hecho, todo el Nuevo Testamento fuera de los propios Evangelios. Se regocijan en el éxito de Felipe al ir a Samaria y ver al eunuco desde la corte de Candace en Etiopía. De hecho, se puede argumentar que el trabajo de Felipe fuera de Jerusalén allanó el camino para el reconocimiento de Pedro, de legitimar un ministerio entre los gentiles en Hechos 10 y 11.

En estas dos historias, claramente tenemos dos soluciones muy diferentes a los problemas de presentación. Uno fue un reparto de gente santa con oración y el otro, una apertura en oración, de la necesidad para el cuerpo en su conjunto y el cuerpo seleccionó de entre sus filas a siete personas que hasta ahora eran completamente desconocidas por los escritores bíblicos.

Después de la muerte de Santiago, la narrativa cambia de foco a Antioquía y al ministerio del perseguidor Saulo, quien se convierte en Pablo tras su conversión, no en Jerusalén, sino en Damasco. (Eso me parece significativo.) Y a medida que el ministerio de Pablo se desarrolla con un éxito sin precedentes en territorios predominantemente gentiles, surgen inevitablemente cuestiones de ortodoxia y praxis dentro de los grupos emergentes de creyentes gentiles: Qué hacer con la ley de Moisés y el asunto de la circuncisión como un signo de autenticidad, o al menos de identidad, dentro de la población gentil?

(Como un aparte, el libro *Los Hechos de los Apóstoles* sugiere que el partido farisaico vio este problema como un filtro potencial para limitar el crecimiento del evangelio entre los gentiles, preservando no solo el judaísmo como una «co»-parte del nuevo movimiento cristiano, como un propio poder como líderes dentro de él. Que la ley de Moisés/la circuncisión se mantuviera en su lugar arbitrariamente para impedir el progreso del evangelio es impresionante cuando se considera seriamente en el contexto actual).

Hechos 15 es la respuesta en lo que nosotros, como adventistas, nos referimos afectuosamente y coloquialmente como el primer Congreso de la Asociación General. Debido a que esto se ha convertido en un ejemplo

comúnmente citado para un proceso correcto en discusiones que involucran desacuerdos, debemos revisarlo de manera breve nuevamente.

Después de una gran disputa local, Pablo y Bernabé fueron comisionados a ir a Antioquía para visitar a los líderes en Jerusalén y resolver de una vez por todas el rol de la ley de Moisés en lo que se refiere a los creyentes gentiles. El proceso es radicalmente diferente en Hechos 1 y Hechos 6. Primero, el liderazgo toma tiempo para escuchar el éxito del evangelio entre los gentiles. Y parecen estar sorprendidos por la realidad de que los gentiles en número significativo pueden llegar a ser salvos por la fe creyendo en Jesucristo. Entonces, por supuesto, el desafío del partido fariseo se incluye en el debate en el versículo 5. Y las deliberaciones comienzan en el versículo 6.

A diferencia de Hechos 6, el grupo que revisa esta disputa es relativamente pequeño, a saber, los apóstoles y los ancianos. No es un grupo grande cuando se considera a la luz de Hechos 6 o quizás Hechos 1. La discusión aparentemente continúa hasta que Pedro, como líder principal, toma una posición a favor de la afirmación de Pablo de que la circuncisión no es necesaria para los gentiles. Si bien sabemos que Pedro no es particularmente doctrinario en su posición (tan solidario como lo es para los gentiles, pero dada su «reincidencia» al que se hace referencia en Gálatas), es claramente persuasivo en su testimonio. Su discurso en gran medida apela a aspectos prácticos en la vida de la fe. Santiago, el presidente, habla no solo a favor de la posición que rechaza la circuncisión para los gentiles, sino que también hace una declaración decisiva que parece terminar con la discusión.

A diferencia de Hechos 6, que da la decisión al cuerpo de creyentes con respecto al ministerio con las viudas, Hechos 15 retrata un tipo más representativo de reunión con líderes de varias iglesias importantes (de ahí el primer Congreso de la Asociación General). Si bien hay algunos que sostienen que el grupo tomó un voto, la Biblia no dice eso. Y el libro *Los Hechos de los Apóstoles* tampoco lo dice expresamente. Elena de White utiliza la palabra «votar» en este contexto para decir de manera deliberada que no se dio un voto a todo el cuerpo de los

creyentes. Eso puede o no implicar un voto por parte de los delegados reunidos. Claramente no echaron suertes, lo que podrían haber hecho, y claramente tampoco lo abrieron al cuerpo mundial, lo que hubiera sido difícil debido a la rápida difusión del evangelio a partes distantes del mundo romano.

Cuando Santiago habla como lo hace en primera persona singular («Es mi juicio...»), está hablando por el grupo. Los informes de Antioquía y Asia Menor, Chipre y Samaria fueron completamente convincentes para todos los allí reunidos. Y mientras que el partido fariseo no «desaparece», la decisión nunca es refrenada. ¿Por qué? Porque la evidencia del éxito del evangelio entre los gentiles habla por sí misma.

Debería señalarse que esta discusión sobre la circuncisión y la ley de Moisés **no se estudiaron de manera aislada**. No fue un mero ejercicio académico. El trabajo exitoso del Espíritu Santo a través del ministerio de Pablo, Bernabé y otros fue evidencia *prima facie* de lo que estaba sucediendo. Y tenían pocos argumentos de la Escritura misma. No se votó porque no se necesitaba un voto. *Bajo el Espíritu de Dios no hubo una decisión que deba tomarse, ni se ordenó ningún proceso que pudiera o dividiera la iglesia en ganadores y perdedores oficiales*, particularmente cuando el Espíritu no reveló la corrección de la posición anterior como el estándar para el futuro. La circuncisión no debía ser un problema moral en la iglesia del Nuevo Testamento.

Es fascinante notar que si bien las cuatro observancias requeridas para los gentiles registradas en Hechos 15 salen directamente de la *Torá*, la *Torá* en sí, no se menciona ni se cita como autoridad. Solo el Espíritu Santo se describe como la causa de la decisión. Santiago no escribe en su carta a Antioquía: «Se registra en Deuteronomio que...» En absoluto. Él dice solo «Parecía bueno para el Espíritu Santo y para nosotros...» Claramente, no dejan de lado las Escrituras. Sin embargo, la apelación a la autoridad del Espíritu Santo evidenciada en los resultados del ministerio a los gentiles parece introducir otro tipo de autoridad en la discusión. (Un estudio de la autoridad del Espíritu Santo está más allá del alcance de este documento).

Sin embargo, un examen más detallado de Hechos 15 a la luz del convincente informe de Pablo y Bernabé nos lleva a preguntar qué opciones estaban disponibles para Santiago y compañía. Parece que hubo tres.

Primero, a pesar del informe, pero con abundante poder de fuego textual del Antiguo Testamento, Santiago pudo haber fallado a favor de los fariseos.

¿Resultados?

1. Esa elección, sin duda, habría sido buena para él políticamente, puesto que estaba firmemente en Jerusalén.

2. Hubiera sido buena para la iglesia financieramente (al menos inicialmente), ya que la base adinerada de la iglesia en ese momento aparentemente todavía estaba con los creyentes judíos en Jerusalén. Y

3. Como se señaló anteriormente, la base de poder habría permanecido en Jerusalén por al menos unos años más.

Pero, la difusión del evangelio a los gentiles habría sido más lenta. Los fariseos habrían «ganado» y los gentiles habrían «perdido». Por lo tanto, la iglesia habría perdido.

En segundo lugar, con poco o nada de apoyo textual del Antiguo Testamento, Santiago pudo haber fallado a favor de Pablo y Bernabé tan completamente como para descartar por completo la ley y la circuncisión. Dado el contexto geográfico y político, tal decisión habría sido improbable, pero aún posible. ¿Los resultados de esta elección?

1. Si Santiago hubiera hecho eso, habría alienado no solo a los fariseos «cristianos» (probablemente lo hizo de todos modos), sino a un grupo mucho más grande de seguidores todavía sólidos de Cristo.
2. El grupo de liderazgo se habría evaporado ya que la base administrativa de la iglesia se habría desplazado hacia el norte mucho antes.
3. La pérdida resultante de la fortaleza financiera en Jerusalén podría

haber impactado el crecimiento dramáticamente.

4. La iglesia Gentil restante habría luchado para comprender la teología mucho más amplia de toda la Escritura sin la influencia de Jerusalén, y el potencial de fragmentación entre los neófitos discípulos gentiles habría mejorado mucho. En esta opción, se podría argumentar que los gentiles habrían «ganado» y que los fariseos «perdieron». Sin embargo, sugeriría nuevamente que el verdadero perdedor en este escenario habría sido la iglesia como un todo.

La tercera opción (la elegida) no era un «ya sea/o», sino un «ambos/y», cuyos resultados hablan por sí mismos. Eventualmente, la iglesia gentil eclipsaría a la iglesia judía por todo lado, pero no por una decisión infundada de un individuo o grupo pequeño, ni siquiera por un voto de un grupo más grande, sino más bien por la libertad que el evangelio fomenta cuando el trabajo es dirigido por el Espíritu Santo, los resultados siempre testifican por sí mismos.

La decisión que resultó en una unidad continua dentro de la ahora floreciente iglesia amplió, en lugar de reducir su comprensión del evangelio en sí, sus enfoques de liderazgo y su comprensión de la diversidad que el Espíritu Santo estaba aportando a la iglesia. Además, le dio energía adicional a la misión misma.

No estaríamos aquí hoy discutiendo nada si la decisión en Jerusalén se hubiera hecho de otra manera. Ese pronunciamiento fundamental permitió que el evangelio avanzara *sin ganadores y perdedores* y sin establecer ningún mecanismo por el cual juzgar internamente la ortodoxia entre los creyentes o sus líderes.

Al examinar cómo se desarrolló la decisión a lo largo del tiempo en el desarrollo histórico de la iglesia, debemos recordar que este concilio tuvo lugar en Jerusalén alrededor del año 50 DC. No más de 10 o 12 años después, Pablo escribe su primera epístola a la iglesia en Corinto y en el capítulo 8 (ver también el capítulo 10) parece llevar el asunto considerablemente más allá. Básicamente

dice que, dado que un ídolo no es nada, en realidad no importa si comes alimentos que se le sacrifican o no, pero no permitas que tu libertad para comer tales alimentos se convierta en un obstáculo para la creencia creciente de aquel cuya conciencia no lo permite. Se establece un segmento significativo del pronunciamiento absoluto en cuatro partes de Jerusalén aparte del mismo gran apóstol y sin aparentes repercusiones negativas en ningún lado, a menos que su arresto tiempo después en Jerusalén esté relacionado de algún modo con esto. La Escritura en sí misma no establece un vínculo directo.

Este es el mismo apóstol que, poco tiempo después, escribe sobre "un solo Señor, una fe, un bautismo y un Dios y Padre de todos nosotros". Sin embargo, aparentemente tiene suficiente autoridad como apóstol, o al menos suficiente caché personal para dejar de lado una parte importante de la decisión de apoyo en relación con sus propios problemas en Jerusalén. Y la iglesia no se fragmenta en absoluto.

¿QUÉ ACERCA DE LA SUMISIÓN?

En los últimos tiempos, se ha hablado mucho de la votación en San Antonio con respecto a la ordenación y las expectativas de que la iglesia mundial con todas sus culturas, simplemente debe someterse a la mayoría de votos. La respuesta *deseada* o, quizás, más precisa, se basa en varias presuposiciones que deberían examinarse. Recordando Hechos 15, debemos preguntarnos qué grupo encontró más fácil someterse a la declaración del «Espíritu Santo y a nosotros» de su líder, Santiago. La iglesia de Antioquía recibió casi todo lo que querían; sobre todo, la anulación de la circuncisión como un signo de pacto de pertenencia y compromiso. Las otras prohibiciones -no comer comida ofrecida a los ídolos, ni sangre, ni comida de un animal estrangulado, ni fornicación- eran mucho más fáciles de tolerar, ya que eran menos onerosas. Uno podría simplemente continuar la caminata cristiana sin mucho desafío ya que se obtuvo fácilmente el alimento adecuado.

Por otro lado, aquellos que habían argumentado por la posición tradicional de la circuncisión y la ley de Moisés habrían tenido dificultades para someterse a la decisión porque contradecía sus instintos más profundos, para los cuales no tenían poca historia, tradición e incluso textos apoyo. Sostengo que esta falta de espíritu sumiso por parte de los judaizantes e incluso de los líderes de la iglesia en Jerusalén condujo a los enormes problemas en Galacia, a la detención real de Pablo y al cambio significativo en la trayectoria de su ministerio. Para que continúen intentando forzar sus puntos de vista tradicionales sobre toda la iglesia, desmiente las declaraciones actuales de algunos de que «todos» se sometieron al pronunciamiento de Hechos 15. Sabemos que ese no es el caso. Los judaizantes no lo hicieron, y al final, como se señaló anteriormente en Corinto y también en Roma, tampoco lo hizo Pablo. Y, sin embargo, la iglesia sobrevivió.

Requerir sumisión, presupone un argumento claro e inatacable para una verdad dada. Y en el caso de Hechos 15, la sumisión presupone que el cuerpo autoritario está actuando dentro de reglamentos no solo acordados, sino, de buena fe para las necesidades misionales de toda la iglesia. Esas necesidades ***nunca han sido las mismas*** en todo el planeta Tierra.

Podría, y tal vez debería, argumentarse que cualquier acción tomada por el cuerpo más grande contra cuerpos locales debe en primer lugar fluir de mandatos bíblicamente claros. Además, las acciones tomadas por el cuerpo más grande no deben hacerse o usarse para limitar las acciones misionales locales legítimas, particularmente en casos donde el material teológico no está claramente acordado. En tales casos, la sumisión forzada limitaría la efectividad de la misión, lo que supondría la cuestión de la obediencia a la comisión del evangelio en sí misma.

Algunos han argumentado que la sumisión debe llevarse a cabo para alcanzar la unidad. Por el contrario, nuestro examen anterior de Juan 17 revela que la sumisión para lograr la unidad malinterpreta tanto la unidad como la sumisión. Un esclavo se somete a su amo, pero no está unido a él. Una esposa se somete a su marido, pero puede o no ser un indicador de una unidad saludable.

Un miembro de la iglesia puede someterse a otro miembro (Efesios 5:21), pero si no es por reverencia a Cristo, puede ser nada más que intimidación por parte de la personalidad más poderosa. La sumisión no es igual a la unidad, no puede conducir a la unidad, ni reflejar nada más que la aquiescencia de una parte a otra. Puede, de hecho, no ser nada más que el resultado de la intimidación.

En el caso de la iglesia en sí misma, **no hay espacio** para que la intimidación forme parte del proceso en cualquier nivel. Y cuando fluye desde los niveles más elevados, se convierte en un ejemplo de aspereza que con demasiada frecuencia se sigue y que a su vez se juega con consecuencias desastrosas en contextos locales, ya sean eclesiales o institucionales.

LA IGLESIA EN LA EDAD DEL OBSCURANTISMO

A lo largo de los siglos que siguieron al libro de Hechos con la disminución de la persecución y la cooptación de la iglesia por parte de Constantino y los emperadores romanos posteriores, la autenticidad de la fe sufrió mal en la iglesia dominante, al mirarla desde nuestro punto de vista del siglo XXI. Sin embargo, entendemos que Dios siempre ha preservado a un pueblo que de hecho «guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús».

Muchas veces ese «remanente» ha sido pequeño y disperso, con poca colaboración o incluso conocimiento de grupos similares en todo el mundo. El hecho de que la verdad bíblica continuó siendo vivida y predicada es un testimonio no para el genio de los líderes humanos, sino más bien para el poder de Dios y su asombroso y persistente amor por este mundo. Cualquier unidad o grupo que la dispersa y luchadora iglesia invisible haya disfrutado a través de los 1,000 años de oscuridad habla continuamente de la participación de Dios y su plan para llevar el evangelio de manera prominente, antes de la segunda venida de Cristo. Según todas las evaluaciones humanas y los constructos sociales, la iglesia debería haberse extinguido en esos oscuros siglos de oscuridad y ataque.

Pero luego vinieron Wycliffe, Tyndale, Hus, Jerónimo, Lutero, Zwinglio,

Calvino, Knox y Simmons, seguidos más tarde por los Wesleys, Whitefield, Lacunza, Wolfe y eventualmente Miller, Bates, los White y la «pequeña manada» que se formó, el movimiento del que hoy somos parte.

Está claro que las iglesias que salieron de la Reforma no estaban unidas. Y si la persecución externa y el enjuiciamiento legal/eclesiástico no eran suficientes, los grupos protestantes con frecuencia peleaban entre ellos, incluso hasta el punto de una guerra muy sangrienta y prolongada. Nuevamente, la unidad es un don divino que se recibe mucho más que un nivel que se debe alcanzar. Los grupos de reforma aparentemente no podían o no querían unirse y construir sobre su base común y trabajar juntos en sus diferencias.

Si bien cada grupo descendiente de los reformadores contribuyó significativamente a la comprensión resurgente de la correcta teología bíblica, la autocomprensión adventista es que nosotros hemos recogido de todos ellos (incluido el catolicismo) y construimos un marco teológico que comienza a restaurar el cristianismo auténtico del Nuevo Testamento como el mensaje que prepara al mundo para el regreso prometido de Jesucristo en poder y gloria. Tal vez la unidad por la que Jesús oró, faltó en los grupos protestantes de los siglos XVI y XVII, la que se debería haber concretado no con concesiones ecuménicas, sino con el juego del mensaje profético y el movimiento que llamamos Adventismo del Séptimo Día; no en un compromiso suavizante, sino en un compromiso cada vez más profundo con la totalidad de las Escrituras. Pero la profundización del aviso **no** es lo mismo que el estrechamiento.

A la luz de toda la historia, esta autocomprensión adventista no es algo de lo que podamos jactarnos. Al contrario, es algo ante lo que se exige una postura de humildad. Es una cosa de Dios, no una cosa humana, y en eso solo podemos ir al Señor en adoración y disposición. Como la unidad, tal humildad es un regalo. Y en la iglesia de hoy, es un regalo raro. La teología remanente se expresa con demasiada frecuencia en términos y arrogancia que muchos oyen como arrogante, orgullosa y tristemente, incluso exclusiva.

APLICACIONES PARA HOY, PARA ADELANTE EN 2017 Y MÁS ALLÁ

El tema de la ordenación dentro de la denominación adventista ha estado con nosotros en diferentes grados de agudeza desde 1881 cuando la Asociación General en sesión votó una resolución para ordenar a las mujeres y pasó la acción al Comité Ejecutivo de la AG para implementarlas. Cabe señalar que aparentemente una «resolución» en 1881 fue más una recomendación que un imperativo que se debe llevar a cabo. Esto fue en un momento en que la voz profética de Elena de White dentro de la iglesia podría haber hecho una declaración decisiva de una manera u otra, pero aparentemente no. También debe notarse que el presidente de la AG en ese momento era G. I. Butler, quien continuaría liderando la iglesia al rechazar el mensaje de Cristo nuestra Justicia más tarde en 1888. Como los líderes elegidos fracasaron (por razones ahora quizás incognoscibles) para considerar seriamente y prácticamente procesar la recomendación de 1881, el asunto permaneció inactivo durante casi un siglo hasta que en los años 70 y 80 se realizaron diversos estudios para determinar si la iglesia debía moverse en una dirección positiva para la ordenación femenina.

En 1990 y en 1995, el tema fue presentado al plenario de la AG en Sesión. En ambas ocasiones, la cuestión de si ordenar a las mujeres fue rechazada como una cuestión de política, pero no se descubrió que no fuera bíblica de ninguna manera oficial. Puede y frecuentemente se argumenta que el lado «ganador» en esas sesiones consideró que no era bíblico, de ahí su voto. Pero el material bíblico no fue la pregunta puesta ante los delegados.

A fines de los años 90 y principios de los 2000, la cuestión quedó inerte nuevamente, en lo que respecta a cualquier discusión oficialmente oficial. Durante la sesión de la AG de 2010 en Atlanta, el delegado Ray Hartwell ofreció una moción para establecer un comité de eruditos del seminario para estudiar y regresar con una verdadera Teología Adventista de la Ordenación para la consideración de la iglesia mundial en 2015. Desde tal movimiento no estaba en la agenda, y el liderazgo no estaba dispuesto a romper con la práctica estándar y abrir la agenda a artículos no revisados por el Concilio Anual del año anterior, la

moción de Hartwell fue rechazada por la presidencia, pero con la promesa de que la administración tomaría el asunto. No se sugirió ni se sugirió ninguna intención de que se pensara en incluir la ordenación de las mujeres en ese estudio. Sin embargo, en la mente de muchos, la ordenación de las mujeres estaba presente, al menos en forma de sombra.

La selección del gran Comité de Estudio de Teología de la Ordenación (TOSC) es bien conocida y no será rehecha aquí. Baste con decir que con la composición del comité constituida como era, nadie esperaba que se llegara a un consenso (salvo un milagro de proporciones épicas). A algunos les parecía que la administración de GC no quería realmente un consenso, dada la composición de ese grupo. El Dr. Artur Stele presidió el grupo admirablemente y tendrá el respeto eterno de este autor. Con el proceso comenzando en 2011, la iglesia avanzó inexorablemente hacia San Antonio.

Se sabía ampliamente que tanto la Unión del Pacífico como la Unión de Columbia en América del Norte, y algunas otras en Europa Occidental, habían luchado durante algún tiempo con lo que tenían que hacer para reconocer oficialmente a las mujeres en el ministerio. Cuando el Comité Ejecutivo de la Unión Mid-America votó sorpresivamente en la primavera de 2012 para «apoyar la ordenación de las mujeres en [su] territorio», los dos sindicatos de la NAD antes mencionados convocaron reuniones plenarias de votantes y ambos votaron para avanzar con la ordenación de mujeres. Mientras que la administración de la Asociación General habló en contra de la ordenación de las mujeres en ambos casos, la voluntad de los delegados se expresó clara y abrumadora. (Por cierto, ambas uniones han celebrado sesiones regulares de quinquenio durante las elecciones con un rotundo apoyo al liderazgo que han tenido durante varios años). Fue en ese momento cuando se le pidió a la Comisión de Estudio de Teología de la Ordenación que añadiera un estudio sobre la ordenación de las mujeres a la teología de ordenación más general más autorizada. Y con esa directiva adicional, el consenso se hizo aún menos probable.

Mientras tanto, en la División Transeuropea (TED por sus siglas en inglés) se

realizaron movimientos similares en las Uniones Escandinavas (Noruega, Suecia, Dinamarca) y Países Bajos, y en la (ahora) División Inter-europea (EUD por sus siglas en inglés), las Uniones Alemanas de la EUD también buscaban formas más formalmente igualar el reconocimiento del ministerio para hombres y mujeres. La División del Pacífico Sur (SPD por sus siglas en inglés) tiene inclinaciones similares en varios trimestres, pero (a fecha de hoy) la ordenación aún no se ha convertido en el problema candente que está en el NAD, TED y partes de la EUD. Sin embargo, el interés en el SPD en esta área está creciendo y se agudiza.

Las acciones tomadas por la Unión del Pacífico y la Unión de Columbia llevaron al Concilio Anual de 2012 a votar un documento que describía dichas acciones como un «grave error». Y con ese voto del Concilio Anual, el drama que estamos presenciando ahora se puso en marcha. Veinticuatro personas votaron en contra de la declaración de «error grave». Al menos uno de esos votos negativos se debió a la naturaleza del juicio/opinión de la declaración. El grave error de una persona es el valiente liderazgo de otra persona. ¿Y quién decide qué etiqueta se aplicará?

Sin embargo, con la declaración de 2012 votada, se construyó una esquina. Y con la votación del congreso de la AG de 2015, los líderes de la Asociación General arrinconaron a la iglesia en esa esquina con una salida poco obvia.

Los delegados del congreso quinquenal de la AC de San Antonio no recibieron una moción para votar aprobando o rechazando, sino una pregunta elaborada con dos respuestas, cualquiera de las cuales creó la certeza de un lado ganador y un lado perdedor. La pregunta sobre si permitir o no las divisiones para determinar si las mujeres deberían ser ordenadas fue votada en forma negativa. Sin embargo, dado que la ordenación de las mujeres *per se* nunca ha sido determinada definitivamente como moralmente incorrecta, prohibida bíblicamente, o de otra manera perjudicial para la misión, ni está fuera de armonía con las 28 creencias fundamentales del adventismo del séptimo día, la confusión continúa.

Y el bulto parece estar moviéndonos inevitablemente hacia la cuestión de la autoridad.

AUTORIDAD YAUTORITARIANISMO

A lo largo de las Escrituras, la autoridad entre el pueblo de Dios ha sido un desafío en todos los niveles imaginables. Que Moisés fue elegido por Dios y habló con autoridad no es un problema para nosotros hoy, 3,500 años después del hecho. Fue un gran problema para Israel. Estaba constantemente siendo juzgado, evaluado y abiertamente confrontado por todos, desde Faraón hasta Coré, Aaron e incluso Miriam. Y así fue a través de la historia de Israel. Incluso Jesús mismo (y *especialmente* él) tenía su autoridad regularmente cuestionada. De hecho, su autoridad fue un factor importante en su crucifixión.

Debe reconocerse que existe un papel para la autoridad ejercida adecuadamente dentro de cualquier organización, incluida la iglesia. Las estructuras corporativas como la iglesia no pueden esperar alcanzar la misión con éxito si el liderazgo no tiene autoridad. Sin embargo, en la iglesia, por encima de todas las organizaciones, se debe tener mucho cuidado de evitar el uso de autoridad en formas pesadas, arbitrarias o particularmente punitivas. Como Jesús dejó en claro a sus discípulos en un contexto diferente, el camino gentil es dominar a los que están debajo de ellos; pero «no debe ser así entre ustedes».

Ya hemos visto que la iglesia construida por y sobre la roca fundamental de Jesucristo mismo hizo las cosas de manera diferente a como lo hicieron los líderes del Antiguo Testamento. Los nuevos líderes cristianos trabajaron con la colaboración, el elenco y la apertura general a las diversas reuniones descritas anteriormente. Las metodologías representativas de gobierno entraron a la iglesia en el primer cuarto de siglo de su existencia y han estado con nosotros en diferentes grados de efectividad desde entonces.

Los Concilios de la Iglesia de los siglos II a V continuaron la práctica a medida que se perfeccionaba la ortodoxia del cristianismo. Temas tan divisivos

como la Trinidad, la preexistencia de Cristo, la naturaleza humana/divina de Cristo, y mucho más dieron como resultado un cuerpo de doctrina que ha llegado a ser ampliamente aceptado hasta el día de hoy. Con la comunicación a través del Imperio Romano bastante buena para el estándar del día, la iglesia pudo mantener un nivel de cohesión que solo se deterioró con el declive del imperio mismo.

En el vacío de la debilitada estructura política del imperio, la iglesia se levantó para llenar no solo las necesidades espirituales/misionales, sino también las sociopolíticas. Con esa asunción de un papel más gubernamental, junto con la tendencia hacia la centralización eclesial en medio de una infraestructura en declive y el creciente caos social, el liderazgo de la iglesia se volvió más aislado y menos receptivo a sus miembros de base, hasta el punto de que la iglesia del 500 a 1500 se enfocaba mucho más en el negocio de gobernar de lo que estaba liderando. Y gobernó todo lo que pudo, aplicando sus encíclicas, sus bulas y sus leyes mediante amenazas de diversos tipos, desde tortura hasta la muerte, incluida el empalamiento, la hoguera y otros medios letales, usualmente usando al Estado para hacer el trabajo sucio.

Como la población no tenía recursos, la autoridad indiscutible de la iglesia se convirtió en el autoritarismo en su peor momento. Con el flujo de la verdad solo de arriba hacia abajo, y nadie en la parte superior escuchando a nadie más que a sí mismos, ese autoritarismo absoluto fue el resultado inevitable.

Se mencionó anteriormente la línea de los reformadores y la caravana de la verdad recogiendo cada vez más la falta de profundidad bíblica en los siglos XVI al XVIII. Con eso, la reversión del estilo de liderazgo autoritario en algunos círculos comenzó y continuó en algún punto del siglo XX y en el 21 en diversas organizaciones. Fue posible gracias al flujo de información más libre debido al tipo móvil de Gutenberg (y a un tsunami más reciente de maravillas tecnológicas), junto con la disposición de reformadores bíblicos informados por el Espíritu a seguir adelante incluso ante la probable muerte.

El autoritarismo a nivel denominacional/social fue frecuentemente

reemplazado por un modelo congregacional que centró una especie de autoridad en los administradores de una iglesia local. Si bien en muchos casos se identificó con un credo confesional específico, la autoridad para defender ese credo, contratar y financiar clérigos pagados y proteger los registros de membresía de la iglesia recayó en los consejos locales. Las denominaciones brindaron algunos servicios de supervisión y consultoría y, en algunos casos, financiación de puesta en marcha o puente. También proporcionaron instalaciones educativas para capacitar a los clérigos y otros modelos humanitarios y bíblicos de misión social que eran más grandes de lo que cualquier congregación podría esperar apoyar.

El autoritarismo en las iglesias locales, aunque no es raro, a menudo se extingue a sí mismo, ya que los líderes autoritarios son fáciles de abandonar en una sociedad de elección. Sin embargo, la gobernabilidad local generalmente (no siempre) está limitada en su alcance misional, casi por definición. Por lo tanto, es muy deseable un modelo que reúna un liderazgo orientado localmente con una huella denominacional global es altamente deseable. Y cuando funciona según lo diseñado, los resultados son maravillosos.

IMPLICACIONES PARA EL FUTURO

Actualmente hay dos problemas contendientes en el adventismo que pelean por una solución. Los dos están relacionados solo en que están ocurriendo al mismo tiempo y en el mismo lugar y uno parece «disparar» al otro. El problema teológico/social es la ordenación de las mujeres. En su realidad existencial, en el norte del globo se considera que la ordenación de las mujeres es absolutamente esencial para el éxito de su misión por dos razones.

A. El imperativo de equidad e igualdad impregna esas culturas.

B. La evangelización de esas culturas lo requiere.

Al no encontrar una prohibición directa de la ordenación de las mujeres dentro de las Escrituras, la consideran necesaria para el éxito misional dentro de sus contextos. Se ha vuelto bastante no negociable. Al mismo tiempo, el resto del

mundo no es tan comprensivo como los que necesitan ordenar las mujeres pueden desear. Teniendo en cuenta sus propios constructos sociales internos, los procesos de toma de decisiones y sus propios números superiores, aquellos que se aferran firmemente a las visiones tradicionales continúan resistiendo la ordenación.

Desafortunadamente, parece que en algunos países del mundo se trata de utilizar este asunto como reacción en reacción al colonialismo del siglo XIX. Que el evangelio funcione en otras partes del mundo se vea obstaculizado en algo relacionado a esta base es realmente triste.

El segundo problema es uno de política/poder. ¿Quién puede tomar la decisión y hacerla cumplir en todos los demás? Lamentablemente, no nos damos el lujo de considerar un tema aislado de otro. La dependencia de la política como su propio desencadenante para la ejecución nunca es la posición más sólida que uno puede tomar. El viejo argumento parental familiar, «porque yo lo dije», no funciona bien en las discusiones a nivel global y corporativo.

Lamentablemente, el liderazgo autoritario no es una mera característica histórica de la iglesia y/o el gobierno de la Edad Media. Puede y de hecho sucederá en cualquier lugar y cualquier organización y dentro de cualquier sociedad que no pueda o no mantiene una apertura a una conversación constructiva y de múltiples niveles entre todos los grupos diversos y usualmente distintos. El aislamiento de la parte superior del fondo y el medio, por elección o por descuido, dará como resultado un eventual autoritarismo, lo que a su vez conducirá a una seria disminución de la relevancia del liderazgo/jerarquía de la organización tanto para la misión (objetivamente) como para la discipulos locales (prácticamente).

Afirmo, que la objeción a la ordenación de las mujeres en la Iglesia Adventista del Séptimo Día es mucho más que algún tipo de suposición y/o aparente pensamiento misógino por parte de quienes piensan resueltamente contra las mujeres en el liderazgo, a pesar de lo claro, obvio, y bien entendido de la falta de consenso al buscar material bíblico. Esta resistencia desmiente tanto

una recalcitración espiritual como una comprensión de la historia de la iglesia y sus tradiciones, por no hablar de la interpretación bíblica.

La discusión de la ordenación en los niveles superiores de liderazgo parece estar facilitando una peligrosa deriva hacia la centralización de la autoridad, lo que lleva de forma inexorablemente rápida al autoritarismo. Tal vez sea esta deriva lo que dio lugar a los temores de la iglesia expresada por Elena de White cuando dijo que la iglesia puede parecer a punto de caer, pero no lo hará. Lo que ella quiso decir con esta declaración, claramente señala una crisis para la iglesia.

Los adventistas han comprendido durante mucho tiempo que vendrá un «zarandeo» de la iglesia en los últimos tiempos, cuando el amor de muchos «se enfriará» mientras que aquellos que «perseveran hasta el fin serán salvos». Tradicionalmente, ese estremecimiento se ha entendido como el resultado de presiones externas para conformarse a las leyes nacionales y/o internacionales que inhiben la práctica de la fe bíblica por parte de individuos dentro del grupo corporativo, o niegan el derecho del grupo corporativo a cumplir o incluso existir. Una segunda causa sería la predicación del testimonio directo que señala repetidamente a las personas a Jesús y lejos de ellos mismos como agentes de salvación. Según el conocimiento de este autor, este estremecimiento escatológico nunca se ha enseñado dentro de la Iglesia Adventista como proveniente de dentro de la misma iglesia. Ciertamente, no se ha presentado como proveniente del liderazgo. Los problemas de ordenación y autoridad denominacional difícilmente pueden clasificarse como el testimonio directo en el pensamiento o la retórica de nadie.

Y, sin embargo, si son percibidas como punitivas, las restricciones disciplinarias ejercidas contra entidades grandes dentro de la iglesia (o aquellos que las representan) con la única base de que están «fuera de los reglamentos», «fuera de la unidad» o de otra manera no son permisivos con respecto a una acción votada sobre el tema de la ordenación de las mujeres, a algunos les puede parecer «el zarandeo» deriva de los más altos niveles de la autoridad eclesiástica

existente, y esto en un tema que sigue siendo polémico debido a la falta de entendimiento mutuo claro del material inspirado, como se ha dicho anteriormente. Que el zarandeo pueda de hecho provenir de manos de líderes bienintencionados al plantearse como miembros a favor o en contra, pero no menos bienintencionados y líderes «de bajo nivel» que de hecho aún están en contacto con la base. Hasta ahora ha sido impensable. Tal vez se está volviendo cada vez más concebible.

Que las decisiones y acciones de la AC hoy en día no se conozcan a menudo, e incluso más a menudo no percibidas por el miembro promedio de la iglesia como aplicándose prácticamente al menos en el Norte del Globo (y en otros lugares), debería ser una llamada de atención a los administradores para restaurar el aparato de comunicación en todos los ámbitos con el fin de escuchar más que decir, con miras a liderar en lugar de gobernar y con una visión hacia el evangelio más que sobre libros de reglamentos.

La historia demuestra que una iglesia global necesita una estructura global de algún tipo. Pero los líderes de la estructura global deben tener en cuenta que, en general, las mejores decisiones misionales se toman localmente; que los esfuerzos misionales locales exigen diversos tipos de apoyo desde los niveles administrativos más grandes: apoyo espiritual, consultivo, financiero, así como defensivo, pero nunca una censura autoritaria de la jerarquía. Esas decisiones locales ciertamente deberían encajar con la visión global y las estrategias del cuerpo mundial. Sin embargo, al mismo tiempo, esa visión y estrategia global debe ser lo suficientemente grande como para acomodar una amplia expresión local.

Es difícil imaginar que los administradores de las oficinas centrales mundiales conozcan, y mucho menos comprendan, qué es lo mejor para cada micro cultura en el planeta. De hecho, las culturas varían mucho dentro de una asociación local o incluso en una iglesia local. Pero es por eso que tenemos los niveles que hacemos. Es hora de que confiemos en el organismo para informar y responsabilizar a los administradores responsables que se quejen de que las

iglesias e instituciones locales simplemente no saben lo que está sucediendo en la «cima» cuando, de hecho, los de mayor nivel no han escuchado realmente los que están en el «fondo» desde hace bastante tiempo, y no dan ninguna indicación de que eso va a cambiar en el corto plazo. Tal vez se hayan reducido a escuchar selectivamente a los que están a su alrededor, que están de acuerdo con ellos, e incluso intimidando para silenciar a aquellos cuya posición difiere.

Quizás nuestra única esperanza para la verdadera unidad radica en una intervención profesional de un equipo imparcial de mediadores que puede replantear los conflictos y guiarnos a través de un proceso de descubrimiento de las mejores soluciones que incluyen el reconocimiento de que la unidad no puede ser obligatoria, que debe escuchar uno a otro con corazón para comprender, que debemos restablecer la confianza en nuestras entidades locales para dirigir sus ministerios, y finalmente, debemos iniciar una comunicación auténtica y relevante a través de un estilo de liderazgo integrador.

Que el Señor que estableció su iglesia en la roca de Mateo 16 continúe manteniendo las «puertas del infierno» a raya mientras nosotros, juntos, bajo la presencia del Espíritu Santo, ordenamos el camino a seguir.